

LOS APRIETOS DEL GENERAL-PRESIDENTE ZIA

Los ofrecimientos de ayuda por parte de Norteamérica no bastan para tranquilizar a un país preocupado por sus vecinos afgano e indio y debilitado por sus propias divisiones étnicas.

KENIZE MOURAD

(enviada especial)

S PIN Boldak. En plena altiplanicie, batida por un viento glacial, hay un pequeño puesto fronterizo guardado por tres policías. Sobre la casita del guardabarreras, la bandera verde del Pakistán —bandera del Islam— ondea orgullosamente. Enfrente, a apenas quinientos metros, aparece izada la bandera roja de la República Democrática de Afganistán. Entre ambos mundos, en esa tierra de nadie, una aldea de barro y caña abraza a una comunidad afgano-pakistaní.

Estamos en la carretera que une a Quetta, capital de la provincia de Beluchistán, con la cercanísima ciudad afgana de Kandahar, ocupada desde hace quince días por una división soviética. Según los estrategas, por esta carretera desfilarán mañana los tanques del Ejército soviético en dirección al mar de Arabia y al golfo Pérsico, a menos de quinientos kilómetros hacia el Sur.

En la aldea, las dos comunidades cohabitan apaciblemente, separadas pro forma por un terreno neutro. Pero desde hace algún tiempo cunde en ellas la preocupación. No por una invasión soviética, a la que no tienen intención alguna de ofrecer resistencia. Sino por las dificultades del "comercio". Porque, como en todos los pueblos de la frontera afgano-pakistaní —tierras de roca viva o desiertos que se extienden a lo largo de dos mil kilómetros—, la población vive del contrabando, y el brusco cambio de curso del afgani (la moneda afgana: casi dos pesetas) es malo para los negocios. ¿A quién puede sorprender el hecho de que unos campesinos no tengan espíritu beligerante? Sin embargo, algo más sorprendente resulta comprobar hasta qué punto, en un país que tiene fama de militarista como el Pakistán, es impopular la idea de una posible guerra. Ni siquiera el Ejército —quinientos mil hombres bien entrenados— tiene ganas de intentar la aventura. El discurso inflamado del general-Presidente Zia Ul Haq ante la guarnición de Peshawar, hace un par de semanas, fue recibido en medio de un denso silencio. "Incluso si los

americanos nos diesen centenares de tanques y bombarderos, habría que estar loco para intentar luchar contra los soviéticos", estima el coronel X. "Sobre todo habida cuenta de que no tenemos la mínima intención de convertir a nuestro país en campo de batalla de una guerra que no es nuestra. Si Moscú codicia el petróleo del Golfo, es algo que únicamente concierne al Oriente Medio y a Occidente".

La amargura aflora en todas las conversaciones. Pakistán se considera a sí mismo como el hijo malquerido de Norteamérica, país al que, sin embargo, tan próximo estuvo una vez. Después de la guerra indo-pakistaní de 1965, Washington embargó las ventas de armas al Pakistán y no movió un dedo cuando, en 1971, el Ejército indio, apoyado por los soviéticos, entró en el Pakistán Oriental para ayudarlo a convertirse en el Bangladesh. Hace un año, preocupados por las ambiciones nucleares de Islamabad, los Estados Unidos suspendían toda ayuda económica a ese país.

Sólo ahora, ante la invasión de Afganistán, los Estados Unidos se pondrán nerviosos, y comprenden de pronto la posición estratégica del Pakistán y prometen armarle hasta los dientes. "Nos han cogido por sorpresa", declara un miembro del Gobierno. "Washington ni siquiera nos ha consultado, y su nueva solicitud nos aterroriza. No tenemos ninguna confianza en los Estados Unidos. Además, después de todo, nuestro gran vecino no es Norteamérica, ni Arabia Saudita, ni siquiera China, sino la URSS".

En realidad, los pakistaníes no creen que la URSS esté pensando en invadir directamente su país. Es otro tipo de guerra el que temen. Hace unos días hubo rumores de que los soldados afganos habían chocado con soldados pakistaníes en Panjai mientras perseguían a unos rebeldes mujahidín. Este tipo de incidentes corren el riesgo de multiplicarse, y aquí se teme que el Ejército afgano-soviético pueda utilizarlos como pretexto para entrar en Pakistán. Los campos de refugiados son, en efecto, auténticos san-

tuarios para los guerrilleros islámicos, que allí encuentran no sólo abrigo y alimentos, sino también, muchas veces, armas.

Hemos visitado algunos de esos campos, al Norte, entre los pathans, por la zona de Peshawar, y en el Sur, entre los baluchis, alrededor de Quetta. Campamentos poblados de viejos y de niños; las mujeres permanecen ocultas mientras que, a su vez, los hombres jóvenes están combatiendo. Al abrigo de una tienda, sentados en torno a un caldero, mientras la escupidera pasaba de mano en mano, pudimos escuchar a los ancianos de la tribu cosas como ésta: "Vinieron un día, la gente del Gobierno y los soldados, para adueñarse de nuestras tierras y entregarlas a desconocidos, a campesinos que ni siquiera tenían tribu. Nos resistimos. Pero mataron a nuestro jan (jefe de la tribu) y se llevaron a nuestros mollahs. Dicen que cada uno tiene derecho sólo a diez acres de terreno. No más. Pero arrebatar tierras a sus propietarios va en contra de la ley islámica".

Un murmullo de aprobación recorre la asamblea. Un hombre interviene. "Yo no tengo tierras", dice. "Siempre he trabajado las de mi jan. Quisieron darme también a mí diez acres. Pero los rechacé porque Allá no quiere que me apropie de lo que pertenece a mi jan". También nos cuentan, indignados, cómo los jal-

quis (miembros del partido marxista en el poder, el Jalq) querían "desvergonzar" a las mujeres obligándolas a asistir a la escuela, y cómo habían fijado el importe de la dote en trescientos afganis, cuando normalmente se eleva a varios miles.

Pero cuando surge el tema de los mujahidín, los rostros se vuelven impenetrables. Se admite que había habido contactos con ellos, y que continúa habiéndolos. Sin embargo, un misionero habituado a los campos de refugiados afirma haber visto allí depósitos de armas, en particular fusiles de fabricación china. Pero no se dan detalles. Existe una gran desconfianza.

La acogida que les ofrecen los pakistaníes varía según las regiones. Mientras que la población pathan del Norte recibe con los brazos abiertos a los refugiados afganos —que son sus hermanos de raza— los baluchis del Sur desconfían de esos intrusos. Incluso se producen manifestaciones en contra suya. Y el Gobierno ha tenido que alejar los campamentos de las ciudades. A los baluchis no les han resultado nunca simpáticos los pathaus. Ni los de Afganistán, que los sometieron en el siglo XVIII, ni los de Pakistán, a los que consideran favorecidos por el poder central. Un poder central que está desde siempre en manos de los pundjabis, habitantes del Pundjab, la provincia más rica y



Zia Ul Haq: su Ejército no tiene ninguna gana de intentar una aventura militar contra el Ejército afgano-soviético.



Rebeldes mujahidin en la provincia afgana de Kinar, junto a un tanque capturado al Ejército afgano. Se rumorea que los guerrilleros islámicos se abastecen de armas en los campos de refugiados en Pakistán.

poblada del Pakistán, con cuarenta millones de habitantes, de donde salen todos los cuadros políticos del país y un 85 por 100 de los efectivos del Ejército.

Las otras tres provincias del Pakistán —Beluchistán, la provincia del Noroeste, donde viven los pathans, y Sindh— siempre se han considerado como explotadas. Pero el Beluchistán, esa extensión de áridas montañas que separa al Afganistán del golfo Pérsico, es la provincia que mayor conciencia tiene de esa explotación.

"¿Qué más nos da que nos invadan los rusos?", se oye comentar en Quetta. "Lo único que ocurrirá es que cambiaremos de amos". Se tra-

ta, por supuesto, de una broma. Pero los pundjabis, que controlan el Gobierno de Beluchistán, y el Ejército, que lo ocupa —por el momento, de forma pacífica— saben que esa broma refleja los sentimientos profundos de la población. "Somos la provincia más rica y al mismo tiempo la menos desarrollada", se queja un miembro del PNP, partido de la oposición baluchi (socializante). "Abastecemos de gas y de carbón a todo el país, y poseemos enormes yacimientos de uranio y de cobre todavía sin explotar. Pero por culpa de la falta de escuelas, nuestra población está alfabetizada sólo en un 11 por 100, mientras que este índice es de un 23 por 100 en el resto

del país. En cuanto a nuestra industria, consiste en una fábrica de textiles en Quetta. Otra está en fase de construcción en Lasbela".

Los baluchis desconfían de las promesas. Desean la autonomía. Entre 1973 y 1977 llevaron a cabo una guerra de guerrillas, a la que hizo frente duramente el primer ministro Ali Bhutto, que sospechaba de sus intenciones separatistas alentadas por Moscú. Actualmente, bajo la dura ley marcial impuesta por Zia, la calma reina aparentemente. Pero el Gobierno pakistani sabe que en caso de intervención del Ejército afgano-soviético no se podrá contar con la población.

Elo permitiría, tal vez, un día a

los baluchis realizar su viejo sueño de un gran Beluchistán que reuniría la provincia pakistani y el Sistan-Beluchistán iraní. Se trata, tanto en el Irán como en Pakistán, de sociedades tribales gobernadas por sus jefes, los sardars. Pero mientras que los sardars pakistani más influyentes, como Marri Menghal o Binjenjo, se declaran marxistas, los baluchis del Irán, oprimidos durante siglos, carecen de organización política y de programa, y no tienen otro objetivo que la lucha contra el poder central chiita, al que detestan. Curiosamente, tratándose de musulmanes, entre los baluchis del Irán y los del Pakistán las convicciones nacionalistas parecen más sólidamente ancladas que las religiosas, y una eventual ayuda de la URSS no parece inspirarles ningún temor. Tanto Teherán como Islamabad son conscientes de este temor: hace unos días, en la feísima ciudad de Quetta, los altos mandos de los Ejércitos pakistani e iraní se reunieron para discutir las medidas que conviene adoptar frente a los movimientos autonomistas, en el contexto del empuje soviético.

Pero tanto como una ofensiva afgano-soviética, el Pakistán teme una agresión de la India. Y si en círculos gubernamentales se habla de un tratado de paz con Nueva Delhi, es sobre todo para tranquilizarse. En realidad, los pakistani están convencidos de que la señora Gandhi no ha abandonado la idea de reducir al Pakistán a una especie de protectorado de la India, como hizo con el Bangladesh. Así se destaca el hecho de que en sus últimos discursos evocase el "martirio" de Bhutto y se refiriese a la falta de democracia en el Pakistán. "Es un guiño a la provincia de Sindh", comenta un responsable del Ministerio de Asuntos Exteriores. En efecto, Bhutto era sindhi y había hecho mucho en favor del desarrollo de esa provincia. Desde su muerte, los sindhis se sienten pretendidos por la jerarquía pundjabi, que, si bien no acapara abiertamente todos los cargos, detenta realmente el poder. El ambiente que reina hoy en esa provincia recuerda peligrosamente la atmósfera que se respiraba en el Pakistán Oriental (hoy Bangladesh) al comienzo de su lucha por la independencia. ■ © "Le Nouvel Observateur" y TRIUNFO, 1980.